

La celadora observó que sus ojos —¡y acostumbrada como estaba al paciente e incesante escrutinio del fluir de la descomposición, no logró reprimir la mueca de repugnancia que invariablemente le producían!— se posaban en la hoja amarillenta y sucia de un periódico dificultosamente levantado de la banca sobre la cual yacía. La vacilante mirada pareció prenderse de un trozo de papel entre cuyas arrugas, manchones y demás deterioros, destacaban unos signos que aprehendieron y unificaron los dispersos destellos de su atención, como si en cierta zona remota de la conciencia, se hubiera registrado una ligera fisura.

Sorprendida, la celadora llegó a considerar la posibilidad de que dentro de aquella carne blancuzca hubiese surgido al fin un impulso que desde hacía tres años (desde aquella noche alucinante y trágica en que todo lo que bullía dentro de él se había cumplido, en la que su ser había sido colmado en toda la capacidad que le estaba permitido) tanteaba sorda e infructuosamente por emerger a la luz. Mas el impulso, si es que alguno hubo, se detuvo sin llegar a plasmarse en ningún movimiento determinado, vencido ante el primer obstáculo de los muchos que interrumpían una larga jornada. La incapacidad para sobrepasarlos explicaba el que ahora, a los trece años de edad, se encontrase allí, detenido, cercado, derrotado por un sino que lo había manejado desde que tenía uso de razón y cuya manifestación primera había sido ese desbordado, abominable empleo de la memoria con que había logrado hacer que sus padres y correligionarios lo confundiesen con el portador del Milagro. (El número de versículos monótonamente recitados era para su madre motivo de un siempre renovado asombro.) Pero la raíz de su orgullo personal no estribaba en el amplio conocimiento que podía ostentar de las Escrituras, sino en el cúmulo de oraciones y plegarias prohibidas, cuyo arduo aprendizaje sus padres ignoraban, y en el acervo de rencor y de contenida violencia que supo ocultar bajo la máscara de una mirada sumisa y de una sonrisa un tanto servil cuya bondad se hubiese juzgado aborrecible poner en duda.

Y no era del todo errado pensar que algo se había sacudido en él ante aquella borrosa fotografía contemplada en una deteriorada página de periódico, cuyas palabras impresas no le transmitían ya mensaje alguno, pero en la que se aplicaba hechizado y absorto para inspeccionar una boca abierta, donde dientes como granos de mazorca se erigían y acentuaban un gesto de impotencia, y también unos fusiles que apuntaban al cuerpo de la mujer que poseía esa boca, y además, un pequeño bulto sostenido por los brazos exangües, marchitos, de la mujer portadora de esa estúpida boca delirante, en que se exhibían sin recato alguno, despiadadamente, unos granos de maíz implorantes y una lengua aguda, estéril, paralizada ante la perspectiva de aquellos negros caños de acero que le apuntaban y cuyo vómito de fuego le haría arrojar aquel bulto

arrebujaado en su manta, que seguramente sollozaría al caer, con un llanto amargo y estridente, para después permanecer ya inmóvil, sin que el menor gemido denunciara su existencia, en la espera de que una bota llegase a oprimirlo y el casco de un caballo enloquecido por el humo y el crepitar del fuego lo penetrara para teñirse de un color guinda violento y espeso que el polvo inmediatamente convertiría, para deleite de las moscas, en una costra áspera y viscosa.

Un grupo de imágenes sueltas y confusas buscaban dura, torpe, empecinadamente, el camino que las llevara al exterior, logrando tan sólo producir un estupor imbécil, una rapaz perplejidad dentro de aquella amorfa mole de carne incolora en cuyo interior uno se imaginaría que los huesos se mantenían flotando sin orden ni concierto en un líquido espeso (imposible pensar en sangre, sino en un agua ponzoñosa y repugnante), sin que a sus ojos lograra transminarse algo distinto de su habitual idiotez; pleno de incomprensión y de temor ante aquel mundo de bocas violentas y agitadas que de vez en vez, ante un estímulo externo, lograba fugazmente vislumbrar, de gentes en desbandada, de cascos de caballos en que la sangre, la carne y la sangre de sus hermanos se adherían para prestarle ese color rojizo que obsesivamente lo atormentaría en los días que sucedieron al desastre. (El mundo comenzó a tomar un color carmesí y la desolación, el horror y los gritos estridentes que precedieron a su noche, se hicieron acompañar siempre por las más trepidantes tonalidades del púrpura.) Cuando aún no lo intentaba en su presente morada y vivía en una choza mínima de techos de paja, al cuidado de una sucia y anciana mujeruca que lloraba con la misma frecuencia con que le pasaba una mano descarnada y áspera por el cabello, insistiendo en su invitación a dormir, a comer, hasta hacerse entender, pues ya para entonces él comenzaba a no comprender, a perderse en un laberinto intrincadísimo en el cual se sabía vivir a la vez el papel de mosca y el de araña; sin lograr siquiera transmitir la urgencia de un consuelo que no le podían prestar las lágrimas y caricias de la vieja, sino que tenía que provenir del Verbo mismo, transferido y reflejado por Él a la conciencia de alguno de sus siervos, aunque sería necesario que le repitieran una y mil veces cada frase (no obstante que en un tiempo, un entonces apenas pasado inmediato o un presente que no acababa de desvanecerse del todo, él había sabido de memoria más salmos que cualquier otro miembro de la comunidad, además de infinidad de oraciones del credo que no era el suyo ni el de sus padres, sino el de aquellos que habían logrado su expulsión de las escuelas, de las madres de sus compañeros que con turbias palabras lo arrojaban de sus casas, y el de los hombres y mujeres que una noche de octubre impelidos por la demencia, el calor, la urgencia de imponer sobre el suelo que pisaban una ley y un castigo que estuviese más cerca de sus convicciones y protegieran lo que ellos consideraban sus derechos, y posiblemente por una buena dosis de aguardiente, habían dado cauce a sus pasiones, conjugándose con él y su ilimitado rencor para proceder a que aquel pequeño grupo que envenenaba con sus cánticos de perdición y su soberbia humilde el aire de San Rafael expiara sus pecados). Él, que usufructuó una memoria prodigiosa, él, que sabía idear los más sutiles ropajes con que revestir la humillación y la perfidia, se daba cuenta de que los datos más sencillos se le escapaban velozmente, de que algo en él negábase a retener

los elementos que la realidad le ofrecía, y antes de entrar en esa noche total que presentía le estaba destinada y suponía próxima, necesitaba la caricia, no la que entregaba ese mimo de las manos que se le enortijaban en el cabello, sino una que debía provenir de la voz, una voz que alguien (que cualquiera) emitiese y lograra persuadirlo (la noche avanzaba con una celeridad que no podía, o él no quería, o sencillamente no le importaba, disminuir) de que el único culpable, y por ser Él no se le podía llamar culpable, era el Señor. Pero el relámpago de gracia de la palabra redentora no apareció jamás, a no ser en su propia boca, mascullando hacia adentro, sin despegar apenas los labios, constituyéndolo en actor y escucha a la vez para que si se produjera el error fuese únicamente él quien pudiese advertirlo, pues ni aun entonces lo abandonó el orgullo, y no se hubiera perdonado —aunque el perdón y la soberbia y en última instancia el mismo preponderante orgullo pudiesen en tales circunstancias, frente a la sangre derramada y el llanto de los suyos, y la ira que su acto desencadenara, y las cenizas de las paredes violentas por el rencor de Aquel que está desde siempre y para siempre en las alturas, parecer pueriles— ninguna equivocación que mancillara, a los ojos de los demás, su reputación de precoz genialidad.

Así, prefirió no hablar, mantener ese mutismo alerta en la espera del mensaje furtivo que le otorgaría la redención y el perdón.

Posiblemente ese desesperado acecho a la esperanza fue el que dilató su agonía y retardó su ingreso al mundo de las sombras, en el cual ahora, casi inerte, yacía bovinamente frente a las imágenes sueltas que arrojaba un diario y que pugnaban por introducirse y proporcionarle el hilo con que atar unos recuerdos borrosos de los cuales, de la misma manera que había olvidado qué efecto correspondía a qué causa, qué momento era resultado fatal e ineludible de otro, tampoco llegaba a distinguir si debían producirle alegría o temor. Aun en el instante en que lo recogieron de en medio de la calle aquella medianoche maldecida en que arrastrado por un frenesí que le relampagueaba en la boca del estómago, en el corazón, en el cerebro, en las entrañas todas, vociferaba injurias a los suyos y clamaba a los otros y los urgía para que hicieran correr la sangre hasta que los crímenes cometidos contra la fe hubiesen sido enteramente lavados, hasta que la purificación se cumpliera, él ya no podía reconstruir del todo los hechos; cuando de la sangre y las cenizas y las llamas a través de las cuales había creído distinguir la mirada tremenda de su madre lo vinieron a rescatar los fuertes brazos de un hombre que lo entregó a otros brazos, que lo depositaron en otros, que a su vez transmitieron a otros la encomienda, para venir al fin a interrumpirse la cadena en una casucha miserable de las orillas de San Rafael, donde una mujer sucia y triste, tan sucia como los tablones de su mezquino jacal, cuya tristeza la asemejaba a su árida parcela, le pasaba una mano por los cabellos, mientras sus ojos secos y hundidos lo miraban sin amor y su voz, en lugar de emitir el perdón, lo instaba a menesteres de un contenido moral nulo, tales como el comer, el dormir, el tratar de cortar los sutiles hilos de la memoria, ¡como si aquello fuese tan sencillo, que uno sólo necesitase proponérselo para que una vida, años enteros con sus meses, sus

semanas, sus días y sus horas entregados a la exaltación y al logro de una idea que con fijeza le obedecía, quedasen total y definitivamente borrados! Porque no era solamente un acto, el de la delación, el que había necesariamente que olvidar para quedar en paz con uno mismo (un momento que en sí a la gente podría parecerle monstruoso, porque no lo relacionaba con la idea absoluta de la Gloria de Dios, frente a la cual toda pequeñez humana venía a resultar insignificante, banal), sino un conjunto infinito y complejo de momentos casados entre sí, que surgía desde el instante mismo en que nacía su conciencia, ya que el germen habitaba en él desde un principio, desde que trataron de introducirlo a los elementos de la fe, e iluminado puso en duda, y ya para siempre, no sólo su grandeza sino también su veracidad. Así, cuando más tarde, llegado el momento de asistir a la escuela, sus compañeros comenzaron a señalarlo y hacerlo víctima de tan inimaginable variedad de injurias que el propio director, llegándolo a considerar como la fuente del desorden, se negó a tenerlo más en la escuela, no les guardó rencor, ya que por el contrario cualquier otra actitud más conciliadora o fraternal le hubiese parecido de una tibieza repulsiva; y después, cuando la palabra persecución aplicada a los otros (a los hasta entonces sujetos activos de toda relación en que tal término entrara en juego) adquirió un sentido palpable e inequívoco, y aquellos que antes lo repudiaron sentían el temor de la humillación de ser vigilados, y los templos ofrendados al culto fueron convertidos en cuarteles o simplemente cerrados, y los santísimos corazones de Jesús se retiraron a los escondrijos y ahuyentados, y a algunos muñecos grotescos se les vistió con sotanas y casullas para exhibirlos desvergonzadamente a la mofa pública, y el escarnio se ciñó sobre iglesias y santuarios, y las viejas chillaron en las plazas y mercados, y las actividades de su padre crecieron intempestivamente, y sus visitas a celebrar el servicio en los pueblos vecinos, Peñuela, Amatlán, Coscomatepec, San Rafael, con la complicidad de las autoridades y los ojos acechantes de los fieles del culto perseguido, y la cárcel y el paredón fueron la diaria ración del dolor y sacrificio para un clero que él veía demasiado sumiso y abnegado, y frente a él y su pretendido candor recayó lo más acerbo que guardaban las miradas, y se le escupió y vejó por considerarlo enemigo de Dios, cuando en verdad era su instrumento, su fórmula de castigo, su flamígera espada, el ángel portador de su venganza, sintió deseos de confesar su amor, decantado a través de tantos años de almacenaje clandestino, por el credo en desgracia, pero el sentimiento de que ello hubiese sido obrar con alocada precipitación lo detuvo justo a tiempo; tenía que soportar la máscara hasta que el momento señalado se acercara; seguro, confiado en resultar invicto sobre el temor o el remordimiento que tal acción pudiera producirle, pues no contaba entonces sobre su conciencia la abrumadora dolencia que produce la duda; y fue por eso, por no estar más tarde seguro de la bondad de un acto cuya consumación había propiciado, que exigía (sin que nadie respondiera a su ardorosa súplica), aunque fuese sólo en murmullos, la palabra redentora. Sumido en el fuego de su duda, atenazado por la brasa que lo consumió hasta su entrada en las tinieblas, donde paulatinamente el miedo, la duda, los colores, las imágenes fueron diluyéndose, borrándose, hasta dejar escapar el recuerdo siniestro de aquel tiempo de exaltación y cólera en que una tarde, con las entrañas incendiadas y la orina paralizada en los riñones escribió con su letra

firmes de colegio aplicado, a las personas a quien convenía, unos renglones donde hacía constar que habían sido los suyos los que denunciaron a las autoridades el escondite del padre Crespo (a quien apenas capturado habían colgado de un árbol en la alameda), y al día siguiente la casa fue seleccionada con gran cuidado y el servicio religioso hubo de hacerse más en secreto que nunca porque su padre sentía que el clima era propicio a los desórdenes y él pudo comprobar que su carta había surtido efecto, y ellos aparecían en la boca y en la conciencia de todos como los victimarios del sacerdote ahorcado. Después, cuando aún podía hacerlo, recordó que esa noche había dado voces en la calle, pidiendo que prendieran fuego a la casa de Serafín Naranjo donde su padre celebraba el servicio, y habían llegado unos con fusiles, otros con antorchas y otros con piedras, y otros con nada, con sólo una boca vociferante y recios puños, dispuestos a que nadie saliera de la casa, en tanto que él, con voz que la pasión le había vuelto poderosa y que sobresalía de entre el rugido general, clamaba justicia para los sacerdotes asesinados, de cuyo martirio, juraba, eran responsables esas casi veinte personas reunidas para entonar en voz baja sus cánticos y plegarias. Y luego ya todo se volvió fuego, que de las antorchas pasó a las paredes y que convirtió los ojos de los hombres en un espejo cobrizo del incendio, y tres señores rubios, de pesadas botas, dispararon sus fusiles contra las puertas cuando los fieles intentaban escapar del humo y de las llamas, y la multitud crecía y el odio se agigantaba, se reforzaba, corría fraternalmente de una mano a otra, de una boca a la siguiente, y una mujer, tal vez Ignacia, desesperadamente intentó salir con un pequeño bulto que lloraba entre sus manos, y se oyó una descarga y el bulto cayó y luego uno de los tres hombres rubios al correr lo aplastó, y un caballo de pronto ya tenía un casco rojo, mientras él, desde la acera de enfrente, hincadas las rodillas, en las duras baldosas, inmutable al estruendo que lo cercaba, pedía que el Señor reforzara el castigo a los impíos, rogaba que el fuego los cubriera, cuando la cara de su madre emergió de entre una ventana en llamas y una piedra la golpeó en la frente y su mirada se fijó aterrorizada en él que exaltado acogía con unción profunda la agonía de los pecadores, la purificación del pueblo. Presenció todavía el derrumbe de los techos y sintió la ceniza quemante en la cara y aspiró con horrorizado deleite el vaho que aquel hacinamiento de escombros humeantes y cuerpos carbonizados desprendía, y ya no pudo ver más porque un hombre lo arrebató de su delirio y luego de rodar por varias manos, ásperas y extrañas, fue depositado en la choza de una anciana mentecata en donde la comunicación con el Señor se interrumpió del todo, y de allí lo habían conducido a aquel edificio en una de cuyas bancas yacía ahora, contemplando embelesado la fotografía borrosa de un viejo periódico, sin siquiera saber por qué, golpeando con furia a la celadora cada vez que intentaba quitárselo, sumido en una nada total a la que obstinadamente trataba de incorporar esa boca que veía enfrentarse a un fusil.